

Ampliar la(s) crisis: materiales para releer la revuelta social en clave generacional

Por Diego Aníñir Manríquez y Herman Pezo Hoces¹

I. Introducción

Desde el campo de las ciencias sociales es posible afirmar que aquello que se considera como realidad social, lejos de ser un asunto dado y homogéneo, más bien responde a una construcción social no exenta de disputas y relaciones de poder que configuran formas específicas de comprender y conceptualizar el orden social y sus conflictos.

En Chile, desde la posdictadura, las movilizaciones ocurridas en las últimas décadas protagonizadas por actorías estudiantiles en distintos ciclos (2001, 2006, 2011, 2013, 2014, 2017) que ponen en cuestionamiento el mercado en la educación, los movimientos autonomistas mapuche (1997 a la fecha), el alza de gas a Punta Arenas (2011) y al proyecto HidroAysén (2011), Movimiento No más AFP (2016), son algunos ejemplos de las demandas de diversos movimientos y grupos sociales en contra de la crisis del modelo neoliberal y que en el contexto del 18 de octubre se hicieron sentir con fuerza a través de la mediática frase “No son 30 pesos, son 30 años”. Fue saltando los torniquetes que, en una coyuntura propiciada por el alza del pasaje del transporte público metropolitano (un poco más de diez días antes del 19 de Octubre), la securitización de establecimientos educacionales metropolitanos, entre otras medidas previas, se trazan las primeras impresiones de una práctica convertida en una de carácter colectiva, desbordando así la presencia de solo cuerpos jóvenes y escolarizados.

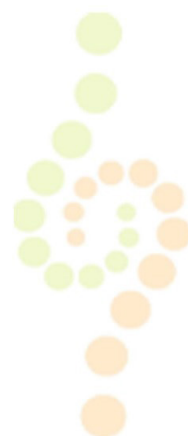
Este conjunto de movilizaciones, y en particular en lo ocurrido desde el 18 de octubre del 2019, bien podrían ser un ejemplo del carácter de construcción social desde relaciones de poder que constituye a la realidad social. Días previos a este último hecho, el entonces presidente de derechas Sebastián Piñera (2018-2022) declaraba en los medios de comunicación que Chile era un verdadero oasis de Latinoamérica dado a su estabilidad económica, democrática y probidad². Del mismo modo, la denominación de “estallido social” y frases icónicas como “No se veía venir” o “esto no prendió”³ intentan afirmar que esta agitación social cargada de supuesta violencia irracional irrumpe sin explicación o razón aparente, mientras que si el problema era el alza al transporte del metro, la respuesta ofrecida desde la autoridad política fue “levantarse más temprano”⁴.

1 Sociólogo, Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Email de contacto: diego.aninir@gmail.com // Trabajador social y Magister en Sociología, Universidad Alberto Hurtado. Email de contacto: hermanfabian.pezo@gmail.com

2 Para mayor información ver <https://www.meganoticias.cl/nacional/278153-sebastian-pinera-chile-oasis-latinoamerica-democracia.html>

3 Expresión emitida por el ex-presidente de Metro de Santiago (16/10/2019), ver <https://www.elmostrador.cl/noticias/multimedia/2019/10/25/cabros-esto-no-prendio-el-dia-en-que-el-expresidente-de-metro-le-bajo-el-perfil-a-las-manifestaciones/>

4 La “sugerencia” fue emitida por el ministro de transportes y telecomunicaciones Juan Fontaine



Contra estas interpretaciones, diversas investigaciones y análisis sociales (Araujo, 2019; Garcés, 2020; Contardo, 2020; Córtes, 2020; Barozet et al. 2021) han venido sosteniendo que los acontecimientos recientes, lejos de ser un asunto aislado, serían más bien una expresión que tiene un cierto correlato con las movilizaciones ocurridas en las últimas décadas en el país, específicamente luego del término de la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1989). A partir de estas referencias, y de manera sintética, distinguimos tres grandes trazos que en nuestra opinión han alimentado la opinión pública y el debate académico para explicar la revuelta social.

Una primera vertiente, tiende a enmarcar su análisis a partir de la denuncia que supuso el conjunto de transformaciones estructurales, institucionales y relacionales que devino con la instauración y consolidación del neoliberalismo en el contexto de dictadura y postdictadura. Si bien existen énfasis distintos para abordar el neoliberalismo, es posible advertir un cierto análisis compartido que, sin desconocer que el crecimiento macroeconómico y la disminución de la pobreza fueron logros efectivos en su momento, ponen en cuestionamiento la desigualdad persistente, la precarización de la vida debido a la privatización de los derechos básicos, la deficiencia de un estado subsidiario, el modelo de acumulación extractivista, y un individualismo exacerbado como las principales consecuencias perversas que ha generado el neoliberalismo en la experiencia chilena (Moulian, 1997; Salazar y Valderrama, 2000; Garretón, 2012; Araujo y Martuccelli, 2012; Ruiz y Boccoardo, 2014).

Una segunda perspectiva, también ha vinculado la revuelta del ‘octubre chileno’ a la crisis de legitimidad y de representación que tendrían las diversas instituciones sociales y la política en Chile (Garretón, 2016; PNUD, 2019). En ese sentido, algunas investigaciones (Araujo 2019, Araujo y Martuccelli 2012) señalan que, al alero de la revolución neoliberal experimentada en Chile, existiría una segunda revolución que demandaría la horizontalización de las relaciones sociales. Así, el conjunto de movilizaciones tales como la irrupción del movimiento feminista (2018) y también la revuelta social del 2019 advertiría una crisis de representación sociopolítica y agotamiento del régimen democrático representativo, toda vez que demandan una democratización sustantiva y protagónica que supere los ciclos electorales y los mecanismos de la política tradicional.

Una tercera vertiente se puede observar desde una vereda opuesta a las lecturas ya planteadas y también al acontecimiento vivido. Intelectuales como Carlos Peña⁵ y otros (entre ellos/as Mario Waissbluth⁶) han interpretado las causas del estallido a partir de una lectura que intenta ubicar la paradoja de un proceso acrecentado de integración social con el malestar producido por la no satisfacción de expectativas, poniendo énfasis a su vez, en la “emotividad” o la anomia que irrumpe en el acto. Como veremos más adelante, esta vertiente se presenta débil pues no logra integrar en sus análisis la agencia de los sujetos en cuestión, es decir, propugnan una noción funcionalista y desviacionista de la juventud (González, 2020).

A partir de esta revisión sucinta, en el presente ensayo sostenemos como hipótesis

(7/10/2019), ver <https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2019/10/08/el-que-madrugue-sera-ayudado-el-consejo-del-ministro-fontaine-ante-las-alzas-del-transporte-publico.html>

5 Académico, columnista, autor de referencia en los medios de comunicación.

6 Consultor, ingeniero del ámbito educacional de referencia en los medios de comunicación.



que no solo es posible leer esta crisis en términos socioeconómicos y sociopolíticos, sino que también, una lectura en entre líneas, permite interpretar el octubre chileno y sus movilizaciones precedentes como una crisis del ordenamiento tradicional y hegemónico del denominado ‘ciclo vital’. Para ello, utilizamos la perspectiva ‘generacional’ como herramienta analítica o lente de comprensión que nos permita evidenciar dicha crisis.

Ahora bien, antes de profundizar en ello, cabe aclarar que dicha hipótesis en ningún caso supone un reemplazo analítico con las otras perspectivas críticas ya planteadas. Es decir, efectivamente alertamos y compartimos que la revuelta social puede y debe leerse como una crisis del modelo neoliberal y sociopolítico, sin embargo, nos interesa develar otras lecturas de la crisis que permitan robustecer y complejizar el análisis de lo social. Ante ello, fijamos atención detallada en el fenómeno colectivo de la revuelta que, si bien comenzó a partir de la activación juvenil, no se agota ni se frena en aquel segmento poblacional y generacional, por el contrario, asistimos a la concurrencia intergeneracional (Ganter y Zarzuri, 2020; González, 2020) de fuerzas sociales con múltiples acciones y repertorios que dan vitalidad y un nuevo sentido de acción colectiva ante este momento de crisis.

Cabe señalar que las reflexiones propuestas surgen a partir de principalmente tres instancias: la literatura recién citada junto a aquella centrada en juventudes, nuestra propia participación en los acontecimientos de la revuelta, y también las observaciones sistemáticas que hemos desarrollado en los últimos 5 años en el trabajo que como integrantes del Núcleo de investigación y Acción en Juventudes del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile hemos venido desarrollando⁷, estos elementos nos permiten poner en juego la socio-praxis como estrategia metodológica para acoplar un quehacer reflexivo orientado a la transformación (Villasante, 2006). Por tanto, más que tratarse de una investigación empírica, este ensayo busca problematizar algunos elementos iniciales para iluminar un asunto que pudiera seguir siendo profundizado en próximas investigaciones.

De esta manera, a continuación, revisamos las lecturas predominantes sobre el denominado ciclo vital con el propósito de cuestionar críticamente sus implicancias en términos sociales y también mostrando, a nuestro juicio, sus principales delimitaciones y limitaciones. Posteriormente, utilizando este ‘lente generacional’ revisitamos algunos pasajes de la revuelta con el propósito de evidenciar esta crisis del ciclo vital, con el fin de contribuir no solo a la amplitud que tuvo y tiene aún la revuelta chilena, sino que también en proponer nuevas miradas en el horizonte político que se ha abierto. Cerramos el texto con algunas reflexiones e interrogaciones que permitan seguir profundizando la potencialidad de esta herramienta analítica para la comprensión de los fenómenos sociales, relevando algunas cautelas epistemológicas en su abordaje.

II. Delimitaciones y limitaciones del ciclo vital

La literatura de fines del siglo XIX y durante gran parte del XX (Hall, 1904; Freud, 1958; Erikson, 1977; Piaget, 1972) se especializa en ordenar y llenar de contenido

⁷ Resultados de investigaciones recientes se encuentran publicadas en Revista Última Década (Chile) Vol. 29 Núm. 56 (2021) y Vol. 29 Núm. 57 (2021).



lo que se denomina el ciclo vital, esto es, la partición deliberada de la vida humana/social en cuatro segmentos: niñez, juventud, adultez y adultez mayor, siempre inconmensurables, que expresarían el modo “natural” de comprender el curso de la vida del nacimiento a muerte. En este marco, resulta de total interés detenernos en las perspectivas predominantes que han estudiado o construido la significación del ciclo vital. Respecto a ello, si bien existen múltiples entradas, cabe relevar la influencia que ha ejercido la psicología del desarrollo y su racionalidad. Ella, mediante una comprensión evolutiva caracterizada mediante etapas, ha ido definiendo un conjunto de tareas que los diversos sujetos deben ejercer a determinada edad para alcanzar la madurez social entendida esta dentro de la adultez (Krauskopf, 2010).

Por tanto, la noción de delimitación que hacemos referencias nos resulta útil para plantear que el ciclo vital, en tanto matriz sociocultural, actúa como un ordenador de la experiencia vital, estableciendo cierta normatividad en el entramado de las experiencias de los sujetos generacionales; máquinas de encuadres asociados tanto al disciplinamiento de los cuerpos como a los respectivos problemas biopolíticos (Vásquez, 2013; Marcial, 2019). Es decir, opera como mecanismo regulatorio que tiene la capacidad de disminuir contingencias y proyectar posibilidades/límites para cada segmento poblacional, estableciendo a su vez las sanciones y reconocimientos simbólicos para cada cual.

La noción de limitaciones que proponemos, en tanto, nos permite identificar un conjunto de implicancias políticas-sociales y también investigativas que supone la asimilación de esta matriz para la comprensión de la revuelta. No solo ubicamos la transversalidad de estas limitaciones en la ya referida interpretación de intelectuales como Carlos Peña y Mario Weissbluth, entusiastas en extraviarse por las zonas grises de la oblicuidad social y la micropolítica de estas generaciones producidas diacrónica y sincrónicamente en una gama de historicidades; es decir, en cuanto la revuelta es interpretada partir de una abstracción teórica que desconsidera la malla de relaciones histórico y estructurantes (situadas) que han venido sosteniendo los actores sociales en sus disputas, negociaciones y resistencias. También es posible agregar cierta tendencia a agrupar a las juventudes según identidades pre-fijadas, muchas de ellas unidimensionales, a modo de, por ejemplo, estudiantes (secundarias/os o universitarios/as), trabajadoras o de “jóvenes populares”, pasando por alto los variados pliegues sociales que posee la agencia de esta generación, espacio en el cual se entreveran la heterogeneidad de las condicionantes estructurales, consumos culturales, hasta un arco de politicidades, así como la consideración de atributos binarios como el sexo u otros posibles de manipular como la edad (Bourdieu 1993, Aníñir *et al.*, 2021).

Sumada a estas limitaciones, la aplicación *universalista* del ciclo vital en la investigación social decanta, por un lado, en la excesiva observación sobre esta población generacional, invisibilizando su componente relacional-estructurante, es decir, obviando que dicha generación responde a una construcción mediada y producida en la malla relacional con el resto de las generaciones (adultas, menores o mayores) y también sujeta a otros condicionamientos estructurales.

Una de las consecuencias de esta comprensión universal y ahistórica del ciclo vital (Pezo, 2022) es que la adultez, como población generacional, se mantiene anubada y sin chances de ser abordada investigativamente en sus repertorios, racionalidades y exposiciones más allá de la psicología como discurso monolítico. Por otro lado, dicha asimila-



lación del ciclo vital reitera la idea de que, dada la posición juvenil en el ciclo vital como en “espera”, “en preparación” o en “incompletud”, se abstrae del análisis la relación que (so)porta con las demás generaciones aumentando los diferenciales de poder entre la minoridad (investigada) y una mayoría que se yergue como punto neutro, invisibilizando su propia historicidad y afectación – recíproca– en las formas de despliegue de lo juvenil.

En este sentido, apuntamos a la comprensión activa de un ciclo vital reificado (Duarte, 2015), esto es, asimilado como natural y que se explica así mismo recursivamente, pues ha sido aquella la matriz que ha imperado en dos niveles para observar y buscar lo que es esperable que pase a nivel de la comunicación social, y también a nivel del análisis de la realidad social.

De esta manera, para superar la adopción acrítica del ciclo vital y su pretensión universalista, recurrimos a algunos pasajes de la revuelta pues, en tanto acontecimiento sociohistórico, nos permite argumentar que su uso no puede hacerse extensible a todos los contextos; y además, plantear que dicha lectura reificante que se instituyó como matriz verdadera y unívoca ha estallado, y que por tal estaría en crisis. Para sostener esta argumentación, a continuación, utilizamos los aportes del campo de las generaciones.

El 18 de octubre como confluencia generacional: entre enlaces y grietas

El clásico ensayo del húngaro alemán Karl Mannheim, publicado en 1928, dotando de sociología al “problema de las generaciones”, ha gozado de buena salud en los estudios de juventud de este territorio. Una parte importante de la argumentación del sociólogo reconoce la debilidad tanto de la explicación positivista o naturista de las generaciones, y del acervo histórico-romántico de las “ciencias del espíritu”.

De acuerdo con la primera aproximación, las corrientes positivistas definen en intervalos precisos y medibles las generaciones. Esta versión indica que una generación tendría una duración de 30 años –algunos planteamientos precisan 15 años–, definiéndose como un correlato del organismo biológico y, a su vez, sería el intervalo de vida en que el individuo se torna creativo; antes de los 30 años es de formación de sujeto y cuando se llega a los 60 años el individuo así pensado deja la vida pública. Siguiendo la lectura de Mannheim, el afán de los positivistas yacía en encontrar una ley general del ritmo de la historia; una clara dedicación a la búsqueda de un progreso rectilíneo de los grupos sociales en base a la ley biológica sobre la limitada duración de la vida humana, del hecho de su edad y sus etapas. Se parte del sustrato vital-biológico para ubicar por fuera de él los intervalos que definirían no solo las cohortes de una generación con respecto de otra, sino que se prescriben sus comportamientos, orientaciones institucionales y la cristalización de sentidos.

La explicación ‘romántica’ en el texto sobre las condiciones de las generaciones también recibe su contraargumentación; en ella se expresa la intuición de que las generaciones no necesariamente se comprenden en la búsqueda de la producción histórica, por tanto, la fórmula de las generaciones es ubicar una delimitación desde su interior, abogando por una entelequia compartida entre individuos a partir de una experiencia cualitativamente significativa. Este historicismo se interesa de sobremanera por la expe-



riencia fenomenológica individual hasta el punto de que, en algunos análisis, la vivencia temporal se singulariza de modo radical en cada sujeto, excluyendo la posibilidad de una ubicación de regularidades en las experiencias de los individuos concretos ubicados en la misma unidad histórica. En otras palabras; se omite en el análisis las producciones sociales condicionadas por los entramados de poder/saber.

Durante la revuelta fuimos testigos, partícipes y observadores de importantes fenómenos que pueden ser leídos a partir de las contribuciones analíticas de Mannheim para la nutrición de una perspectiva generacional, asimismo nos permite compartir la apreciación de otras investigaciones que precisan que la revuelta no fue un asunto coyuntural teniendo sus causas en una estrecha lista de demandas sectoriales, potenciadas y entreveradas a su vez por los afectos cualificados de ira, frustración, indignación y alegría perceptibles en aquel acontecimiento. Los enunciados que dibujan la revuelta no sólo exponen el lugar problemático de los últimos 30 años, también de los últimos 100, 200 y hasta 500 años, en una historia de larga duración altamente cargada, aunque muchas veces de manera difusa (pero no extraviada en la memoria), de agotamiento societal.

Así entonces, el agenciamiento de la revuelta al tiempo de presentar una articulación intergeneracional es también la cristalización de fuerzas colectivas –también intergeneracionales– de larga data, que, creemos, ponen en tela de juicio el modo de república, y construcción de estado en el cual hemos sido gobernados; una memoria de largo aliento e intergeneracionalmente compartida.

Enlaces

Uno de los asuntos novedosos, mas no excepcionales, de las protestas que emergen desde octubre del 2019, refiere al carácter intergeneracional que adopta su despliegue inmanente, pues se trata de un cuestionamiento profundo al orden social que deja de ser pensado como demanda o exigencia leída y activada sólo por una unidad –de sentido– generacional, siendo también una interpelación al ‘despertar’ de toda la sociedad chilena invitada, en este gesto, a correr el cerco de lo posible, incluyendo en este lazo el involucramiento de las personas de generaciones ‘mayores’ o más antiguas, interrogando de paso, la normalidad pretendida de la sociedad adulta y su pasividad deseada. Las personas adultas devienen actores des-sujetados del molde regulatorio de los cuerpos y las conductas a la manera del “honesto pasajero y correcto ciudadano”, llegando a participar de las aperturas tácticas iniciadas por las y los jóvenes para evadir el sistema de pago: la revuelta estaba inaugurada.

No obstante, hubo muy poco tratamiento por parte de los y las intérpretes de la realidad social para apreciar las conexiones existentes entre estas generaciones jóvenes y las adultas que acudieron a dar solvento vital a la revuelta; ante este vacío investigativo los análisis de Rodrigo Ganter y Raúl Zarzuri (2020), y por su parte los de Yanko González (2020) son importantes contribuciones en virtud de relevar presencia de enlaces entre generaciones. Para los primeros, la revuelta es el lugar de encuentro –y herencia– de al menos otras dos unidades generacionales rastreables desde la década de los 80’s:

Sobre el mismo plano, poner en valor que una de las novedades de este nuevo



ciclo de re-politización y de la propia revuelta social de octubre del año 2019, no estuvo únicamente asociado con el despliegue de activismos sincrónicos y convergentes, incluido el de la calle y el digital, sino que las propias demandas y las agendas de distintas generaciones también tendieron a sincronizarse, lo que marca una diferencia importante con otros ciclos de protesta, que estarían más centrados en una “unidad generacional”, mientras que lo ocurrido en el 18-O respondería más bien a una expresión de complicidad y sincronía entre generaciones diversas (abuelos/as y nietos/as, etc.), pero con repudios, demandas y agendas convergentes (Ganter y Zarzuri, 2020: 99)

En tanto, González criticando las interpretaciones desviacionistas y criminalizadoras⁸, centradas en la acción de sujetos ‘jóvenes’, refiere a la revuelta como:

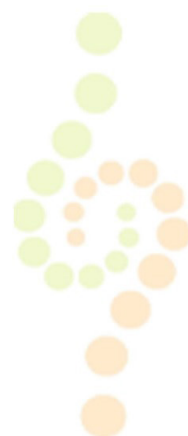
una alianza intergeneracional que se ha ido sellando progresivamente en la medida que la estratificación de la experiencia —habida cuenta de la perseverancia temporal de los elementos más nocivos e intocados del modelo económico— ha sido constante para sucesivas cohortes de sujetos —bisabuelos, abuelos, padres, hijos, nietos— que desde hace décadas la han padecido juntos, en su vida cotidiana y en la misma casa [...] una comunión transgeneracional inscrita en un modo común de experimentar el hastío y la impotencia. Por ello, aventuramos, no resultan del todo decisivos los «estilos» performáticos, comunicativos o antinormativos para diagnosticar una insoluble brecha entre las nuevas y viejas generaciones y con ello comprender la revuelta. (González, 2020: 107-108)

Sin embargo, para muchos analistas sociales pareciese que la adultez es un punto ciego en el análisis, que en tanto eje de reconocimiento simbólico (mayoridad) no es observado, como sí se hace con las “otras” generaciones. Así, como es propio del ciclo vital reificado, el acento se pone en aquellos sujetos revolucionados en sus pulsiones —dada su adscripción automática al ciclo vital de la juventud— que conducen la revuelta, y en el mismo movimiento, se aprecia una constante práctica de ir detrás de aquellos que, en tanto ‘adultos’ posicionados entre aquellos márgenes normativos, son responsables de proponer soluciones a las interminables demandas y pesares de la población.

En ese sentido, tanto desde actores comunicativos como también desde el mundo de los “expertos”, ha primado una constante búsqueda *del* sujeto de la revuelta, es decir, un intento de ir al encuentro de los sentidos expresados de los sujetos que iniciaron el proceso, principalmente jóvenes. Allí, tanto la mirada institucional como la opinión pública toman una forma parcelada y dicotómica, procesando los sucesos desde los ojos del ciclo vital clásico, lo que a su vez fue amplificado por el poder de los grandes consorcios comunicativos: jóvenes idealistas, frente a los que es necesario restablecer un orden moral.

⁸ Durante los primeros meses de la revuelta la cifra de personas detenidas superó las 11.000, y alrededor de 2500 han estado en prisiones. Hoy, la cifra de personas detenidas por diversas faltas penales asociadas a la revuelta aún se cuenta por decenas, en su gran mayoría con la cautelar de ‘prisión preventiva’. Cabe señalar que la mayoría son personas jóvenes. Para más detalle ver:

<https://interferencia.cl/articulos/los-2500-presos-de-la-revuelta-en-chile-de-los-que-no-se-hablan>; <https://www.ciperchile.cl/2022/02/09/causas-del-estallido-social-12-personas-han-pasado-dos-anos-o-mas-en-prision-preventiva/>



Por el contrario, la noción de enlaces generacionales que proponemos aporta a considerar el componente relacional inter y transgeneracional de la revuelta permitiendo superar algunos de los fundamentos que se sostienen desde el ciclo vital. Así, se difumina el imaginario que sostiene que es la adultez, en tanto mayoría, la que conduce a la juventud en tanto minoridad; del mismo modo, la edad como eje clasificatorio y de ubicación de sujetos pierde su vigor para dar paso a generaciones que compartiendo una cierta conciencia generacional (Mannheim, 1993) se vinculan en tiempo presente para devenir en colectividades.

Grietas

Utilizamos la noción de grieta porque nos permite señalar cómo la revuelta ha permitido evidenciar de manera más aguda –a través de sus múltiples expresiones y demandas– que la configuración reificada y, sobre esa misma, estigmatizada del ciclo vital se encuentra en crisis, ya sea como herramienta analítica y también en tanto ordenamiento de las relaciones generacionales. Ello no supone considerar su declive total pues su potencia todavía se encuentra enraizada y cristalizada en el entramado social-institucional, no obstante, sí nos parece que su resquebrajamiento ha quedado al desnudo.

Tal como hemos mencionado, propio de la configuración del ciclo vital, la juventud tiende a ser entendida desde la idea de moratoria psicosocial (Erikson, 2000) que la dibuja como etapa en preparación a la adultez que justamente en su carácter de transitoriedad no se encuentra apta y completa para hacerse cargo de sí y de aportar a la sociedad en tiempo presente (Duarte, 2012; Marcial, 2019). Desde este prisma, no se les considera como sujetos con agencia pues quedan suspendidos en una imagen de futuro, es decir, como ciudadanos del mañana, actantes invisibilizados con nula irradiación simbólica si es que no es instrumental (binarismo del buen o mal joven). Lo anterior, se vuelve más nítido en el cierre institucional de la revuelta⁹, donde paradójicamente aquellos sujetos jóvenes (muchos de ellos y ellas estudiantes secundarios) que protagonizaron el despertar de la sociedad chilena quedan marginados del proceso constituyente por no ser considerados como legítimos ciudadanos desde la matriz tradicional, para este caso, hecha ley y de facto por poco útil en rendimientos en la partidización de la política.

Pese a ello, las y los jóvenes en las últimas décadas y en el contexto de la revuelta han puesto en cuestionamiento y resquebrajado estos imaginarios adultocéntricos que les estigmatiza y les invisibiliza. En ese sentido, es inevitable que las juventudes sean consideradas un actor relevante en las movilizaciones de las últimas décadas en Chile, caracterizadas por los distintos ciclos de movilizaciones.

9 El día 15 de noviembre del 2019 las fuerzas políticas tradicionales firman acuerdo “Por la paz social y una nueva constitución” como respuesta institucional ante la crisis política y social de la revuelta vivida desde el 18 de octubre. Para mayor detalle ver:

https://www.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/76280/1/Acuerdo_por_la_Paz.pdf.

No obstante, dado que este cierre institucional fue una respuesta del propio juego político partidista (en su mayoría personas adultas), de igual modo existieron experiencias de participación inter-generacional en un interesante movimiento de asambleas territoriales o barriales, asimismo la proliferación de herramientas de trabajo desde y con espacios institucionales. Ver al respecto Terra, *et. al* (2021).



Al respecto, consideramos que las juventudes han hecho un aporte profundo para cuestionar el orden social. Lo planteamos en términos generales, pues si bien las movilizaciones juveniles tienen distintas demandas y elementos diferenciadores; hay una cierta continuidad donde las juventudes han mostrado un descontento generalizado con las formas de vivir, los modos de relación y las desigualdades persistentes en una sociedad chilena cuestionada en su ordenamiento neoliberal, patriarcal y adultocéntrico. Aunque cabe aclarar que este último aspecto no es tan explícito, pero sí es un elemento que se deja entrever en la demanda de las ‘generaciones menores’ por una mayor participación en espacios de toma de decisiones y su aporte real en la construcción de sociedad.

Ahora bien, este reconocimiento requiere algunas advertencias para no posicionar a las juventudes entre el rechazo y la exaltación que continuamente se ha hecho desde el discurso social, político, pero también académico corriendo el riesgo de esencializar a los grupos juveniles (Duarte, 2015). Así, esto supone considerar que no es el único actor, no son todas las y los jóvenes en una misma sintonía generacional, y no son intrínsecamente revolucionarios. Plantear aquello supone contemplar la diversidad y heterogeneidad del sujeto juvenil (Margulis y Urresti, 1996); poner en cuestionamiento frases celebratorias como: “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica” (Salvador Allende) que ha sido utilizada como un recurso discursivo por el progresismo de izquierdas para instalar una idealización positiva de las juventudes. Así, más que apuntar sustratos biologicistas, consideramos que hay cierta disposición de las y los jóvenes a cuestionar la estructura social pero que se vincula con los procesos históricos-sociales y con cierta tendencia de las generaciones jóvenes para impulsar cuestionamientos críticos al orden social dado su despliegue en los espacios estriados formados por las generaciones precedentes.

Así este reconocimiento permite superar aquella configuración que les ha graficado como sujetos apáticos y desafectados políticamente. En ese sentido, a partir de la reducción de la participación asociada principalmente a los mecanismos tradicionales y en particular a la participación electoral y política partidista se les ha dibujado como sujetos que “no están ni ahí” (no están interesadas/os). Este desinterés en la política tradicional muchas veces es leído desde la culpabilización hacia las propias juventudes, a quienes se le responsabiliza de su incapacidad de generar un compromiso con los mecanismos formales de participación democrática. Escasamente se discute cómo esta participación, reducida a la asistencia de eventos electorales y desde determinada edad, va instalando justamente la idea de no participación de todos y todas (INJUV, 2014, 2017; Escobar y Pezo, 2019; Alé et al. 2021).

Al mismo tiempo, reconocer los aportes juveniles permite distanciarse de la caracterización que les dibuja como sujetos peligrosos que se debe perseguir, censurar, vigilar y encerrar. Sobre ello, se han diseñado un conjunto de estrategias institucionales y políticas que han tendido a criminalizar a los grupos juveniles en distintos contextos y momentos. En el caso de la revuelta social esto es bastante claro en las palabras del presidente Piñera cuando señala estar en “contra un enemigo poderoso”, aunque previo al 18 de octubre hay un sinnúmero de ejemplos que también refuerzan este imaginario tal como la ley de Aula Segura el año 2018, la detención por sospecha; el toque de queda juvenil, la represión policial, por mencionar algunas; las que incluso han conducido a una agudización de la violencia estatal sobre las generaciones menores de algunos movimientos, por ejemplo el mapuche, ejerciendo políticas de muerte o al menos escarmientos. También se puede mencionar la desidia estatal o el *dejar-hacer* cuando se trata de agrupaciones conside-



radas riesgosas (hinchadas de fútbol, contraculturales, territoriales, etc.) o agrupaciones liminales con el campo de lo penal (Tsukame 2017; Carrasco *et. al* 2021).

Sobre este plexo de despliegues estatales no es suplementario avizorar también el desplome/desgaste de los relatos emanados del ciclo vital que se articulan sobre la niñez, cuando *de hecho* presenciamos que aquel imperativo de cuidado y protección se encuentra desbordado socialmente; hitos de aquello lo presenta la seguidilla de investigaciones hacia los órganos de protección de menores (SENAME) y sus actos en la violencia de diverso signo hacia las niñeces más empobrecidas. La niñez, en tanto primera etapa del ciclo, y para una parte de la población biopolíticamente tratada, deja de ser un momento de felicidad, cariño y protección, y por extensión, más allá de desviaciones o desajustes respecto del ciclo vital, estamos en presencia de su erosión.

Sumado a ello, las demandas más sentidas de la revuelta también expresan las grietas que afectan a generaciones mayores. Tal como hemos planteado, una de las derivas del ciclo vital es su linealidad del curso de la vida, materializado en la transición de la niñez y juventud a través del paso de la educación; la adultez en el paso del mercado laboral y la vejez a través de la jubilación. Sin embargo, la revuelta nos da cuenta que este esquema estandarizado se ha resquebrajado, no por responsabilidades individuales, sino que por factores socioestructurales que la condicionan (Pezo, 2022). Así pese que la adultez, configurada como máxima de generatividad (Erickson, 2000) y como el punto de plenitud del ciclo generacional, esta idealización está lejos de empalmar con la experiencia social de todas las generaciones adultas (Pezo, 2022). Del mismo modo, en el caso de la adultez mayor se observa que la denuncia hacia las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) como el fracaso rotundo del modelo de capitalización individual promovido en el régimen neoliberal justamente han tensionado la idea de júbilo que etimológicamente se encuentra vinculada al goce y alegría. Así, la extensión laboral, la precarización general de la vida nos invita a observar cómo las transformaciones experimentadas en la sociedad chilena en las últimas décadas también se anudan y refuerzan con lo generacional. Considerar esto, invita a seguir profundizando sobre la crisis del ciclo vital.

III. Apertura reflexiva

Ante este panorama de ebullición social, como también de encuentro y fricción, deseamos compartir algunas cautelas epistemológicas en virtud de vislumbrar lo que creemos son unas novedosas formas de comprender y habitar el mundo en que ambas generaciones (en un sentido macro, molar) etiquetadas como jóvenes y adultos se afectan mutuamente (a partir de sus pliegues institucionales, territoriales, situacionales). Nos referimos a fenómenos íntimamente enredados que merecen una aproximación a la vez de situada, inteligible. La primera consideración alude al resquebrajamiento de la cubierta dura del ciclo vital, aquella que imponía desde una trascendencia los modos de entender y procesar los tránsitos de las y los sujetos. Así, los conflictos abiertamente disputados desde octubre de 2019 no son sino la manifestación de una crisis de orientación que caracteriza estas ideas de ciclo vital y la matriz expuesta.

Cuando nos referimos a la impronta metafísica del “ciclo vital” estamos caracterizando no solo su carácter ordenador (por lo mismo inmutable, intratable) también, y como consecuencia lógica, apuntamos a su capacidad de agenciar una adultez encriptada;



esto es, inasequible dada las condiciones mismas que hacen de esta etapa del ciclo vital potente y simbólicamente intocable. En respuesta a lo que creemos es una trampa analítica, apostamos a introducir una mirada de conjunto y no parcelada de la realidad y las subjetividades, con esto realizamos un gesto político de sustraer el peso y reconocimiento simbólico a la condición adulta para empezar a interrogarla, no por capricho sino a raíz de los mismos procesos y giros históricos que nos hablan de unos acontecimientos totales, incluyendo las actancias generacionales (los enlaces, incluso sus fricciones).

Con ello no se trata de desconocer los profundos aportes que cada uno de estos campos (infancia, juventud, adultez mayor) han hecho para comprender la experiencia social de dichos sujetos. No obstante, creemos urgente situar esta mirada de conjunto que permita conectar fenómenos sociales que atraviesan transversalmente a las generaciones, para proponer estrategias alternativas o pistas que permitan imaginar otros devenires más allá de la matriz dominante del ciclo vital y su normalización.

Adosada a esta consideración. Otra consecuencia la observamos en que dada esta crisis, es la clásica definición de tiempo la que toma una distancia ordenadora presentándose como una variable entramada en los procesos sociales. Con esto apuntamos a que lo ocurrido o vivenciado (o cargado) en un tiempo ‘pasado’, por generaciones “mayores”, es contemporáneo. Siguiendo las coordenadas presentadas por Silvia Rivera (2010) asistimos a múltiples problemas y tiempos pasados que vienen al presente (de ahí que no son 30 pesos, sino años, decenas e incluso centenas) a veces en forma de “estallidos”:

La simultaneidad del pasado con el presente resulta tanto más evidente en países del Tercer Mundo, en los que las transformaciones económicas y políticas fueron impuestas desde fuera y no pudieron injertarse armoniosamente con las estructuras nativas, de modo que éstas subsistieron, resistiendo o combatiendo abiertamente los sistemas socio-económicos impuestos. En este contexto, la realización de procesos de cambio económico y político por parte de las élites nacionales tuvo que llevarse a cabo en medio de grandes dificultades, incoherencias o abiertas contradicciones entre objetivos declarados y realizaciones tangibles. Las contradicciones diacrónicas no resueltas tuvieron pues el suficiente vigor como para resurgir muchas veces en forma de grandes estallidos de violencia, que no guardan proporción con los cambios sociales y económicos resultantes. (p.138)

Bajo esta consideración la multitemporalidad, actualización y herencias compartidas son asuntos que nos remiten a los análisis de conjunto en las relaciones entre generaciones, asimismo, esta afirmación la visibilizamos como respuesta para escapar a la linealidad del tiempo; sus avatares pre-concebidos y sus imaginarios hechos hábito.

Finalmente, cuando hablamos de esta crisis, no descuidamos que las relaciones de poder entre la mayoría hegemónica que impone términos a las minorías no han perdido protagonismo; es en estos momentos en que también avizoramos los reflujos conservadores que intentan re-encauzar los bríos de las heterogeneidades y enlaces lentamente producidos. De igual modo, sospechamos de análisis que inauguran una especie de juvenalización del ciclo vital. En este sentido, no vemos en la entronización de una idea mundana de lo juvenil, aquella reificada en el imaginario de lo vital, una nueva etapa vital, más bien presenciamos en aquella interpretación, por un lado, la velocidad con que en las actuales sociedades se producen y recrean los gestos, estéticas y cuerpos dentro de los



márgenes de una sociedad capitalista y global, pero y vecindada con aquella, el aumento (desde generaciones jóvenes) por el deseo de co-construir o, al menos, visualizar unos modos de estar en sociedad, cuya máxima descansa en desprenderse de las linealidades del tiempo como eje de las acciones y vinculaciones.

A lo largo del texto, hemos optado por releer el octubre chileno porque este no solo se presentaría como una de las crisis más evidentes de las últimas décadas en la sociedad chilena. Al respecto, hemos enfatizado y compartido que este acontecimiento no solo se reduciría a lo situacional, sino que expresaría la condensación de distintos conflictos sociales, algunos de larga data, con múltiples entradas y justificaciones. A su vez, hemos hecho hincapié en que él también podría ser considerado como una crisis del ciclo vital. Siguiendo estas mismas coordenadas nuestro esfuerzo analítico tampoco ha buscado reducir esta crisis solo al acontecimiento de la revuelta, sino que su pretensión principal ha sido visibilizar los conflictos y convergencias vitales (con, entre) generacionales que subyacen en la arbitrariedad del ciclo vital.

Referencias bibliográficas

- ALÉ, S., DUARTE, C. & MIRANDA, D. (2021) Saltar el torniquete. Reflexiones desde las juventudes de octubre. Fondo de Cultura Económica.
- ANIÑIR, D., MARTÍNEZ, E., CASTILLO, P., ALARCÓN, L., PALENZUELA, Y., & CASTILLA, C. (2022). Entre la Revuelta y la Pandemia: construcción de las juventudes chilenas desde las miradas académicas y científicas. *Última Década*, 29(57), 197-227.
- ARAUJO, K. (2019). Hilos tensados. Para leer el octubre chileno. Editorial USACH.
- ARAUJO, K. y MARTUCCELLI, D. (2012). Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos tomo I. LOM
- BAROZET, E., CONTRERAS, D., ESPINOZA, V., GAYO, M. y MÉNDEZ, M. (2021). Clases medias en tiempos de crisis Vulnerabilidad persistente, desafíos para la cohesión y un nuevo pacto social en Chile. CEPAL
- BOURDIEU, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- CARRASCO, P., ANIÑIR, D., BRAVO, N., DUARTE, K., HERNÁNDEZ, N., & MARTÍNEZ, E. (2022). Experiencias desde los márgenes: análisis de las trayectorias biográficas de jóvenes «en tensión» en la crisis sociosanitaria. *Última Década*, 29(57), 228-252.
- CONTARDO, O. (2020). Antes de que fuera Octubre. Planeta
- CÓRTEZ, A. (2019). La rebelión social como imaginación sociológica colectiva. *Cuadernos De Teoría Social*, 5(10), 77-93.
- DUARTE, K. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década*, 20(36), 99-125.
- DUARTE, K. (2015). El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil [tesis de doctorado]. Universidad Autónoma de Barcelona. <https://www.tdx.cat/handle/10803/377434>
- ERIKSON, E. H. y ERIKSON, J. M. (2000). El ciclo vital completado. Paidós.
- ESCOBAR GONZÁLEZ, S., & PEZO HOCES, H. (2020). Más allá del concepto: experiencias y reflexiones en torno a la participación juvenil estudiantil. *Última Década*,



- 27(52), 65-79. Consultado de <https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/56366/60411>
- FREUD, A. (1958). Adolescence. *The Psychoanalytic Study of the Child*, (13)1, 255-278. <https://doi.org/10.1080/00797308.1958.11823182>
- GANTER, R., & ZARZURI, R. (2020). Rapsodia para una Revuelta Social: retazos narrativos y expresiones generacionales del 18-O en el Chile actual. *Universum*, 35(1), 74-103.
- GARCÉS, M. (2020). Estallido social y una nueva constitución para Chile. Lom Ediciones.
- GARRETÓN, M. (2012). Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: los gobiernos de la concertación en Chile, 1990-2010. Editorial Arcis – CLACSO.
- GARRETÓN, M. (2016). La crisis de la sociedad chilena, nueva constitución y proceso constituyente. *Revista Anales, Serie 10*, pp. 77-92.
- GONZÁLEZ, Y. (2020). ¿Una «convulsión generacional»? Jóvenes, etiquetaje y estigma en la rebelión de octubre. *Última Década*, 28(54),
- HALL, S. (1904). *Adolescence. Its Psychology and Its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Appleton & Company.
- INJUV. (2014). 4ª Encuesta Nacional de Juventud. La integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003. Individualización y estilos de vida de los jóvenes en la sociedad del riesgo. Santiago de Chile.
- INJUV. (2017). 8va Encuesta Nacional de Juventud. Santiago de Chile.
- KRAUSKOPF, D. (2010). La condición juvenil contemporánea en la constitución identitaria. *Última Década*, (18)33, 27-42. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362010000200003>
- MANNHEIM, K. (1993). El problema de las generaciones. *REIS: Revista española de investigaciones sociológicas*, 62, 193-244. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=766796>
- MARCIAL, R. (2019). Cosas del diario hacer: juventud, biopolítica y zona del no-ser. *Ixaya* (17), 49 – 72.
- MARGULIS, M., & URRESTI, M. (1996). *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Editorial Biblos.
- MOULIAN, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom ediciones.
- PEZO, H. (2022). ¿Qué es ser adulto/a? Una aproximación desde sus imaginarios sociales en el Chile neoliberal. [Tesis de Magíster no publicada]. Universidad Alberto Hurtado.
- PNUD (2019). “Diez años de auditoría a la democracia: Antes del estallido”, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- RIVERA, S. (2010). *Violencias (re) encubiertas en Bolivia*. Editorial Piedra Rota.
- RUIZ, C. y BOCCARDO, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Nodo XXI y El Desconcierto*.
- SALAZAR, M. & VALDERRAMA, M. (2000). *Dialectos en transición. Política y subjetividad en el Chile actual*. Lom ediciones.
- TERRA, V., CORVERA, N., & CASTILLO, P. (2021). Voces y experiencias de niñas, niños y jóvenes en la crisis sociopolítica en Chile. *Sociedad e Infancias*, 5(2), 111-123. <https://doi.org/10.5209/soci.78269>
- TSUKAME, A. (2017). Jóvenes desacreditados: ideologías y estrategias de control de la delincuencia juvenil en el neoliberalismo chileno (1990-2015). Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- VÁSQUEZ, J. (2013). Adultocentrismo y juventud: Aproximaciones foucaulteanas. *Sophia*, 1(15), 218-234. <https://doi.org/10.17163/soph.n15.2013.08>
- VILLASANTE, T. (2006). *La socio-práxis: un acoplamiento de metodologías implicati-*



vas. En Canales, M (Ed.) Metodologías de Investigación Social. Introducción a los oficios. Lom Ediciones.

ZARZURI, R., & GANTER, R. (2019). Giro cultural y estudios de juventud en el Chile contemporáneo: crisis de hegemonía, mediaciones y desafíos de una propuesta. Última Décad

